

¿Qué son los argentinos?

Hugo E. Biagini

El presente trabajo apunta hacia un doble objetivo: por una parte evaluar la polarizada gama de expresiones que, durante los últimos cincuenta años, han pugnado por desentrañar nuestro *modus vivendi*; por otra, sugerir criterios alternativos y un horizonte para la meditación con aristas menos abruptas, dado el complejo panorama temático a tener en cuenta.

Nacionalistas, populistas y telúricos

Dentro del amplio período analizado –la segunda mitad de este siglo–, opera una caudalosa vertiente interpretativa, emparentada con el revisionismo histórico, con la exaltación del elemento rural, la tradición hispano–católica y una variante política cercana a esa mentada línea que se extiende desde Rosas a Perón. Al comenzar la etapa señalada, autores como Rodolfo Tecera del Franco, Atilio García Mellid, Mario Amadeo, Máximo Etchecopar, José María de Estrada y Nimio de Anquín imputan un hondo efecto disgregador al racionalismo, al liberalismo y al marxismo, mientras reivindican el fascismo y el franquismo como modalidades que preservan el amenazado orden jerárquico ideal ante los excesos de la libertad.

Posteriormente, durante el denominado Proceso de Reorganización Nacional –la feroz dictadura que irrumpe en 1976– aparece un libro sintomático, *Defensa de la Argentinidad* que, proclamando una nueva hora de la espada, ataca el sufragio y la democracia, mientras reivindica diversos principios absolutos –Dios, Patria, Familia, Fe, Filosofía, Verdad Total y Eterna, Honor, Fuerzas Armadas, etc.– supuestamente incontaminados por el mundo moderno. De tales nociones emana lo peculiarmente argentino, al cual se le asigna además una «misión universal»: el liderazgo hispanoamericano, en íntima ligazón con la Civilización Occidental, pero sin entender por ésta última a aquella modalidad que propicia el pluralismo ideológico y el respeto por las diferencias sino a una consecuencia exclusiva y excluyente de la Iglesia Católica tradicional.

Si bien han disminuido esas demandas autoritarias con la ulterior instauración del régimen constitucional, prosiguen los planteos similares en voces enardecidas como la de Federico Ibarguren, quien maldice al Anticristo y a los herejes de la nacionalidad, representados por la partidocracia, el laicismo, la sinarquía y el sionismo. Marcelo Sánchez Sorondo, partiendo de que el poder es algo que compete a una selecta minoría y justificando las dictaduras militares, se inclina hacia el «enérgico» legado nativo y clerical, hacia «las voces de la antigua patria criolla» frente a la «pavorosa concentración cosmopolita», reflejada, *v. gr.*, en las canciones de protesta.

Concomitantemente, la llamada izquierda nacional ha brindado algunos trabajos lindantes con el tema en cuestión, sobre todo desde una óptica historiográfica y a través de figuras como las de Arturo Jauretche, Rodolfo Puiggrós, Jorge Abelardo Ramos, Eduardo Astesano o Juan José Hernández Arregui. Entre las expresiones más recientes y afines con esa orientación, se hallan sendos volúmenes publicados por Fermín Chávez y por Elías Giménez Vega. El primero, basándose en la necesidad de establecer una epistemología exclusiva para los países periféricos, una nueva ciencia del pensar, sostiene el dualismo entre lo valioso nacional —con ingredientes como el barroco o el federalismo— y una conjunción de disvalores que conforman el cuadro antinacional: iluminismo, masonería, oligarquía, implantación anglofrancesa. En el otro caso aludido, se identifica a lo argentino esencial con la barbarie, el primitivismo y la misión redentora de España, en pugna con el «gringuismo» y el «instruccionismo internacionalista».

Una controversia académica, sobre el significado de la vida y la naturaleza argentinas, fue librada por Carlos Astrada y Ernesto Grassi en los *Cuadernos de Filosofía* (3/4, 1949 y 6, 1951). Para el pensador italiano, nuestro medio presenta un perfil ahistórico, atécnico e instintivo; por lo contrario, en Europa todo se halla humanizado mediante la acción cultural. Astrada, retomando algunas tesis que acababa de enunciar en *El mito gaucho*, descarta la idea de una naturaleza intrínsecamente pura y ajena a las vivencias espirituales: toda naturaleza, inclusive un paisaje tan despoblado como el de la pampa argentina, es siempre histórica y más todavía cuando se encuentra inmersa en un proyecto creativo.

Una decisiva incidencia en la literatura sobre el temple nacional puede constatarse a través del cuadro trazado por Hermann Keyserling, quien pintó a los habitantes de estas latitudes como seres instintivos y caprichosos. Diferentes obras trasuntan dicha huella. Martínez Estrada invoca a Keyserling para caracterizar a la comunidad argentina como enteramente pasiva y presa de un miedo paralizante; Murena apela a símbolos y con-

ceptos del mismo tenor cuando se refiere a sujetos embargados por la alternería y el sentimentalismo. Dardo Cúneo y Julio Mafud, cada uno por su lado, también insisten en la índole temerosa y asocial del pueblo argentino; por último, Rodolfo Kusch alude a los aspectos inconscientes y caudillescos que imperan en nuestra América.

La tónica liberal

Más allá de la problemática conceptualización que a veces utiliza, Bernardo Canal Feijóo efectuó una relevante aportación a la escabrosa misión de precisar la argentinidad en su complejo contexto americano, arriesgándose a incursionar por el torrente de la ideología, donde rigen el apetito por el poder, los predomios extracontinentales y otras manifestaciones político-económicas, tradicionalmente escindidas del ámbito cultural. Canal Feijóo rescata, además, el decisivo legado aborígen en la historia de las ciudades y la civilización argentinas.

No menos destacable resulta el aporte de José Luis Romero a la comprensión íntima de Latinoamérica y Argentina, las cuales también son explicadas, fundamentalmente, a partir de la cuestión urbana: el devenir hemisférico se deriva en definitiva para Romero del enfrentamiento integral –fáctico e ideatorio– de la existencia citadina con el campo y de la encomiable supremacía que ostenta el primer estilo de vida en la definición de las nacionalidades. Pertenecientes asimismo al difuso espectro liberal, se hallan otras aproximaciones emprendidas desde distintas perspectivas –conservadoras o progresistas.

Víctor Massuh se expide contra la desmesura metafísica en las versiones que se han propuesto sobre el ser argentino, sobre los factores antagónicos a su crecimiento y las medidas que cabe adoptar para una notoria restauración. Dicho desequilibrio es adjudicado a la parcialización con que se emprende el rastreo etiológico y la respectiva terapia. No existe un único responsable de la declinación nacional, pues inculpación y exculpación, castigos y premios, deben ser igualmente repartidos entre las distintas instituciones, factores de poder y grupos de presión: lo mismo se trate de las Fuerzas Armadas o la Iglesia que de los partidos políticos o la Universidad. Aunque se recomienda cultivar el jardín de las diferencias, queda en pie si puede juzgarse de igual manera –y llegar incluso hasta la absolución– a quienes acallaron no sólo el inconformismo sino que también cercenaron toda oposición, visualizando enemigos por doquier.